

Los libros de
Otrolugar 2

Hechizada


Jacqueline West



Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
Créditos



*Para Danny y Alex...
con diez mil buenos recuerdos.*

JW





Todos los que vivían en la gran casa de piedra de la calle Linden acababan volviéndose locos. Eso era al menos lo que decían los vecinos. El señor Fergus le había hablado al señor Butler acerca de Aldous McMartin, el primer dueño de la casa, un viejo artista excéntrico que no vendió ni un solo cuadro y que solo salía de la casa por las noches. La señora Dewey y el señor Hanniman cuchicheaban sobre Annabelle McMartin, la nieta de Aldous, que había estirado la pata dentro de la propia casa a la edad de 104 años, sin amigos ni familiares que advirtieran su muerte con excepción de sus tres gatos gigantes, que tal vez habrían comenzado a mordisquearle la cabeza, o tal vez no.

Y ahora estaban esos tres nuevos propietarios, esos Dunwoodys, que al parecer ya habían comprado sus billetes para el tren de la locura.

Desde principios del verano, los vecinos de arriba y de abajo de la calle Linden se habían acostumbrado a ver a una niña callada y larguirucha jugando o leyendo en el patio trasero de la gran casa de piedra. La niña estaba normalmente sola, pero, de vez en cuando, aparecía un hombre con gafas gruesas y pelo fino, que sacaba la vieja cortadora de césped del cobertizo y cortaba una o dos hileras de hierba antes de detenerse a mirar fijamente el cielo y murmurar algo para sus adentros. Luego se apresuraba a

entrar de nuevo en la casa, dejando la cortadora sobre el césped. A veces la máquina se quedaba allí durante días.

Y otras veces, una mujer de mediana edad salía de la casa y deambulaba por el césped, regando distraídamente las malas hierbas. La mujer también solía dejar las bolsas de la compra sobre el techo de su coche, de manera que una cascada de naranjas y cebollas salían botando calle abajo cada vez que ponía en marcha el vehículo. Los vecinos observaban todo esto y sacudían la cabeza.

Y de pronto ocurrió que una luminosa mañana de julio, la niña callada y larguirucha caminó hasta el buzón de la entrada con dos latas de pintura. Detrás de ella trotaba un gato salpicado de manchas de color y con una pecera sobre la cabeza. La casa se cernía amenazadora sobre ellos, con sus ventanas vacías y oscuras, vigilante. Mientras el gato esperaba, la niña se detuvo junto al bordillo y tapó con pintura el nombre de McMartin, que todavía estaba garabateado a un lado del buzón, y después escribió el apellido DUNWOODY encima, en letras mayúsculas grandes y verdes.

La señora Nivens, que vivía en la casa de al lado y estaba fingiendo rociar sus rosas con un aerosol, observó a la pareja con mayor detenimiento. Su rostro quedaba completamente oculto a la sombra de su gran pámela, pero si alguien hubiera tenido la oportunidad de mirarla bien, habría visto sus ojos agudos e interesados.

—¿Listo para regresar de la órbita? —la señora Nivens oyó que la niña le susurraba al gato—. Preparándonos para reingresar en la atmósfera de la Tierra en cinco, cuatro, tres, dos...

Tanto el gato como la niña dieron un salto hacia delante, precipitándose por las escaleras del porche para cruzar zumbando la pesada puerta principal, dando un portazo tras ellos que resonó como un trueno.

Todo el mundo en la calle Linden estaba de acuerdo: puede que los Dunwoodys representaran una mejora en

comparación con los McMartins, pero seguían estando claramente locos.

La niña callada y larguirucha se llamaba Olivia. De momento tenía once años, pero cumpliría doce en octubre. Para su último cumpleaños, sus padres le habían regalado una pila de libros, una caja de pinturas y una sofisticada calculadora gráfica que Olivia todavía no había usado para otra cosa más que para los videojuegos. Y tampoco es que fuera muy buena jugando.

El hombre que olvidaba la cortadora de césped y la mujer que olvidaba las bolsas de la compra eran los padres de Olivia, Alec y Alice Dunwoody, dos matemáticos que enseñaban en una universidad cercana. Solían tener las manos manchadas de tinta. Cuando se movían, el polvo de tiza se desprendía de su ropa y flotaba suavemente. Lamentablemente, el gen de las matemáticas no había llegado hasta la ramita de Olivia en el árbol de la familia. La única vez que Olivia había sacado un sobresaliente en un examen de matemáticas, el señor y la señora Dunwoody habían colocado el examen en el centro de la puerta de la nevera y luego se habían quedado frente a él, cogidos de la mano, sonriendo radiantes ante el papel como si este fuera la ventana a un mundo de magia y matemáticas.

Olivia no sabía mucho de matemáticas. Sin embargo, desde que se habían mudado a la calle Linden, había aprendido algunas cosas sobre magia.

Por ejemplo, Olivia sabía que mirando a través de unas viejas gafas que los McMartins habían dejado en la casa, junto con todas sus demás pertenencias (sus cuadros, sus libros polvorientos, sus tres gatos capaces de hablar, las lápidas de sus antepasados incrustadas en las paredes del sótano), una persona podía lograr que los cuadros pintados por Aldous cobrasen vida. Una persona podía meterse dentro de esas pinturas y explorar. Una persona –tal vez una persona callada, larguirucha y solitaria– podía incluso de-

volver a la vida los retratos de Annabelle y Aldous McMartin y dejarlos entrar en el mundo real, poniéndose a sí misma y a todos sus seres queridos en un terrible peligro.

Aunque Olivia había logrado finalmente estar de nuevo fuera de peligro, también había conseguido romper las gafas. (Si Olivia hubiera sido en matemáticas la mitad de buena que era en romper cosas, sus padres se habrían sentido muy orgullosos.)

Por supuesto, Olivia se guardaba para sí las cosas que había aprendido. Si sus padres supieran que ella creía que su casa había estado asediada por brujos muertos –nada menos que brujos que salían de las pinturas–, probablemente la habrían llevado directamente a un hospital psiquiátrico. Los vecinos de arriba y de abajo de la calle Linden ya miraban a Olivia con cierta extrañeza, como si tuviera algún repulsivo sarpullido contagioso que no quisieran pillar. Le dedicaban sus tímidas sonrisas tensas, observando de soslayo la gran casa de piedra mientras tanto. Olivia desde luego no estaba dispuesta a confiar en ellos.

Había otra razón por la cual Olivia no le había hablado a nadie acerca de los gatos ni de los cuadros ni de los McMartins. Siempre ponía esa razón en segundo lugar, incluso dentro de su propia cabeza, pero la verdad era que sus secretos serían mucho menos divertidos si los compartía con alguien. Claro que una chocolatina sabía muy bien si te comías la mitad y le dabas la otra mitad a tu padre, pero era mucho muchísimo mejor comerte toda la chocolatina tú sola.

Así que Horacio, Leopoldo y Teodoro se esforzaban mucho por comportarse como gatos normales mientras el señor y la señora Dunwoody estaban cerca. Olivia nunca mencionó las gafas ni eso de entrar y salir de las pinturas. Y cada día, se quedaba durante un rato en el descansillo del primer piso, apretando la nariz contra el cuadro de la calle Linden, pensando en Morton, el pequeño niño en otro

tiempo humano que ahora estaba atascado dentro, y pensando en sí misma, atascada fuera.

Como Horacio había dicho una vez, la versión pintada de la calle Linden era lo más cercano a un hogar que Morton podía tener. Sin una familia, ni un corazón latiente, ni un cuerpo capaz de crecer, Morton ya no pertenecía al mundo real. Pero como era alguien acostumbrado a tener todas esas cosas, tampoco podía pertenecer a un cuadro. Olivia todavía tenía esperanzas de encontrar un lugar al que él sí pudiera pertenecer, pero por mucho que pensara y apretara la nariz contra el cuadro, no había encontrado la manera de entrar dentro de la pintura por sí sola... ni tampoco la manera de ayudar a que Morton pudiera salir.

Así que, finalmente, todo el mundo en la gran casa de la calle Linden se había instalado en una tranquila rutina, como un grupo de planetas amistosos pero distantes que orbitaran cada uno alrededor del otro.

Olivia esperaba que sucediera algo interesante. Ella no lo sabía, pero la casa también estaba esperando algo.



A finales de julio, el tiempo se había vuelto caluroso y húmedo. El señor y la señora Dunwoody pasaban la mayor parte de las tardes de entre semana en sus despachos de la universidad, donde había aire acondicionado. Invitaban a Olivia a ir con ellos, pero a Olivia no le gustaban los despachos de sus padres, donde la gente hablaba con números en lugar de palabras, y donde no había nada que hacer más que identificar formas en las protuberancias del techo.

En una de esas largas tardes, Olivia tenía toda la casa para ella sola. Como estaba hecha de piedra y rodeada por un espeso follaje de viejos árboles, la casa nunca se calentaba mucho por dentro, sino que se mantenía húmeda, quieta y muy silenciosa, como una botella llena de niebla. El sol de la tarde empujaba franjas de color borrosas a través de los cristales manchados de las ventanas. Las sombras se extendían por debajo de los pesados sillones antiguos. Los marcos de los cuadros de las paredes brillaban débilmente. De pie en medio del silencioso y sofocante salón, Olivia miraba el cuadro de una pareja en la terraza de un café de París y se imaginaba deambulando por estrechas calles francesas, comiendo un cruasán, tirando migas a las palomas. Sonaba bastante divertido. Luego suspiró y, por enésima vez, tocó el lugar donde antes colgaban las gafas, alrededor de su cuello.

Subió por la escalera alfombrada que llevaba desde el

vestíbulo hasta el piso de arriba. El cuadro del pequeño lago donde Olivia había encontrado el medallón de Annabelle McMartin brillaba suavemente en la pared que había a mitad de camino. Annabelle había intentado ahogar a Olivia en aquel mismo lago, pero hoy el agua parecía inofensiva, pacífica, incluso refrescante. Olivia soltó una ráfaga de aire a través de los mechones de pelo que tenía pegados en la frente y se imaginó metiendo los pies en el agua fría. Entonces recordó la sensación del lago arremolinándose en torno a ella, negro y aceitoso, mientras sus pies, al dar patadas, rozaban contra cosas frías y babosas, y las olas se alzaban por encima de su cabeza...

Subió a toda prisa el resto de las escaleras.

Al llegar al descansillo del piso de arriba, se detuvo ante el cuadro de la calle Linden. Se había parado ya tantas veces en aquel mismo lugar que la alfombra tenía las pequeñas marcas de una chuleta allí donde sus pies presionaban. En el interior del cuadro, una colina verde y brumosa prolongaba sus ondulaciones hasta llegar a una versión antigua de la calle Linden, donde se alzaban, bajo una inmutable luz crepuscular, las mismas casas de ladrillo, madera y piedra que ahora ocupaban los vecinos de Olivia. Incluso sin las gafas, cosas que una vez habían pertenecido al mundo real –cosas que Aldous McMartin había escondido o atrapado– a veces parecía que se movieran en el interior de esos cuadros.

Forzando la vista, Olivia examinó la hilera de casas. Tal vez se tratara tan solo de un deseo, pero le pareció ver unas pequeñas figuras pálidas tambaleándose y desplazándose en la distancia. Tal vez Morton fuese una de ellas. Olivia apretó la nariz contra el lienzo, y luego saltó hacia atrás, sorprendida al notar que el cuadro se tambaleaba por el contacto. Cuando los Dunwoodys se mudaron a la vieja casa de piedra, todos los cuadros estaban pegados a las paredes como por arte de magia. Ahora, con los McMartins fuera de juego, podían empujarse y moverse como cuadros

ordinarios, y Olivia todavía no se había acostumbrado a eso. Enderezó el cuadro de la calle Linden. Luego volvió a suspirar y entró en su habitación arrastrando los pies.

Horacio estaba durmiendo sobre el tocador de Olivia. Su largo cuerpo se mantenía en equilibrio a lo largo de la estrecha superficie, y el gigantesco plumero que tenía por cola se enroscaba delicadamente entre la colección de viejas botellas de refrescos de Olivia. El medallón de Annabelle, vacío de su retrato y su poder, estaba colocado alrededor del cuello de una de las botellas de refresco favoritas de Olivia: la de color verde brillante, cubierta de bultos que parecían al tacto como plástico de burbujas. Una vez, el medallón había estado alrededor del cuello de Olivia, y ella creyó que nunca se lo podría volver a quitar. Pero ahora que los McMartins se habían ido, el medallón era tan solo una más entre las cosas mágicas que se habían convertido en cosas normales.

–¿Horacio? –dijo Olivia.

El gato no se movió.

–¿Horacio? –dijo Olivia levantando más la voz.

–Hum –gruñó el gato.

Olivia retorció los pies contra las tablas del piso, armándose de valor.

–¿Serías tan amable de llevarme a visitar a Morton? –preguntó, manteniendo la voz tan quejumbrosa como pudo–. Hace muchos muchísimos días que no lo veo.

Horacio no respondió.

–He preguntado si serías tan amable...

–Te he oído, Olivia. Incluso a pesar de que estaba dormido, te he oído –Horacio volvió la cabeza muy ligeramente, y Olivia vio un ojo verde mirándola con rabia desde el reflejo del espejo–. Pídele a otro que te lleve.

Olivia lanzó un suspiro gigante. Luego salió de la habitación con paso fatigado, echó una mirada al cuadro de la calle Linden y pasó a toda prisa ante el sitio vacío en la cima de las escaleras, donde antes estaba colgado el cuadro del

bosque a la luz de la luna. Aquel espacio todavía resultaba un poco más amenazador que un simple espacio vacío en una pared. Bajó las escaleras a trompicones, pasó bajo el alto cielo raso y atravesó la cocina vacía, hasta llegar a la puerta del sótano.

Aunque Olivia ya estaba acostumbrada al sótano, no le tenía especial cariño a aquel lugar. Estaba siempre en penumbra y sucio, y lleno de arañas, e incluso aunque no pudiera verlas, ella sabía que las antiguas tumbas estaban allí, empotradas en las heladas paredes.

Olivia abrió la puerta y encendió la primera luz. Su débil brillo dejó ver una precaria escalera de madera que poco a poco iba menguando en la oscuridad.

—¿Leopoldo? —llamó Olivia, bajando las escaleras—. ¿Estás ahí?

Al pie de las escaleras, buscó a tientas la siguiente bombilla con una cadena colgando, pero parecía haber desaparecido. ¿No era ahí donde debería estar, justo al pie de las escaleras? Agitó las dos manos en el aire. La oscuridad del sótano parecía acentuarse, las paredes de piedra desprendían exhalaciones de aire frío y húmedo que provocaron un cosquilleo en la nuca transpirada de Olivia. Estaba a punto de renunciar, darse la vuelta y salir huyendo escaleras arriba cuando la palma de su mano topó con la cadena. Tiró de ella con tanta fuerza que la bombilla repiqueteó.

Un par de brillantes ojos verdes parpadearon en un rincón. Aunque esperaba verlos, le dio un pequeño vuelco el corazón. Luego, una voz ronca y familiar dijo:

—A tu servicio, señorita.

Olivia caminó de puntillas por el arenoso suelo del sótano, adentrándose en las sombras. El gigantesco gato negro se hallaba en su puesto sobre la trampilla tal y como lo había encontrado Olivia la primera vez que lo vio: rígido como una estatua y con su pelo negro y brillante como el petróleo. Mucho tiempo atrás, Annabelle McMartin había escondido la urna con las cenizas de su abuelo debajo de

esa trampilla. Luego, no hacía demasiado tiempo –y con la ayuda involuntaria de Olivia– Annabelle había recuperado de nuevo la urna.

De pie ante la trampilla, Olivia casi podía sentir el viento del bosque pintado donde las cenizas de Aldous habían sido esparcidas, para arremolinarse en el cielo, susurrando a través de su piel como un millón de insectos negros mientras ella y Morton corrían hacia el marco del cuadro para ponerse a salvo...

Sacudió los brazos, para ahuyentar tanto los recuerdos como los insectos imaginarios.

–¿Qué estás haciendo, Leopoldo? –preguntó, agachándose junto a la trampilla y esforzándose para que los latidos de su corazón volvieran a la normalidad.

–Monto guardia –respondió el gato, inflando el pecho–. El precio de la seguridad es la eterna vigilancia, ya sabes.

–Pero ahí abajo ya no hay nadie.

Leopoldo abrió la boca como si estuviera a punto de discutir. Pero luego volvió a cerrarla. Se aclaró la garganta, prolongada y minuciosamente, antes de hablar:

–Un soldado nunca cuestiona sus órdenes.

–¿Pero quién te dio esas órdenes? –preguntó Olivia.

Hubo una larga pausa. Leopoldo, de pie en posición de firmes, miró tan fijamente hacia delante que sus ojos comenzaron a bizquear.

–No importa –se apresuró a decir Olivia, pues le preocupaba que Leopoldo pudiera hacerse daño si ponía más esfuerzo en seguir pensando–. Simplemente me estaba preguntando si me llevarías al interior de la pintura donde puedo visitar a Morton.

–Hum –dijo el gato–. Eso significaría abandonar mi puesto, señorita. Va en contra de mis reglas.

–Ya veo –asintió Olivia–. Bueno, y si en lugar de abandonar tu puesto nos quedamos los dos aquí, y quizás... ¿y si nos metemos por la trampilla?

Leopoldo agitó la cabeza violentamente.

–Eso es absolutamente *imposible*, quiero decir *imposible*. Quiero decir que NO.

Olivia se arrodilló en las frías piedras del suelo y le rascó la cabeza a Leopoldo, entre las orejas. Lentamente, esa cabeza comenzó a inclinarse hacia la mano de Olivia.

–Vamos –le insistió Olivia mientras Leopoldo entornaba los párpados–. Tú estarás conmigo todo el tiempo. Solo quiero echar un vistazo. Un vistazo pequeño, diminuto. Por favor...

Leopoldo se recompuso.

–Simplemente eso es imposible, señorita –dictaminó, recuperando su postura de soldado–. Estoy dispuesto a hacer muchas cosas por ti, pero no te permitiré ir bajo tierra. Y me temo que no puedo ASI.

–¿Así? ¿Así qué?

–ASI: Ausentarme Sin Irme –anunció Leopoldo, obviamente complacido por tener que explicarse–. Si tú quieres, a las quince horas podemos entretenernos jugando al Cluedo, aquí en mi base de operaciones. Siempre que yo pueda ser el Coronel Mostaza –añadió.

–¿A las quince horas? –repitió Olivia–. Mediodía son las doce, más una son las trece, más dos son...

–A las tres en punto –susurró Leopoldo para ayudarla.

–¿Y tenemos que jugar aquí abajo?

–Me temo que no puedo abandonar mi puesto, señorita. No mientras estés sola en casa.

Olivia miró a su alrededor las paredes de piedra con charcos de oscuridad en los rincones. Una pequeña calavera tallada le devolvió la mirada desde la zona cercana a la lavadora.

–No te ofendas, Leopoldo, pero no me gusta bajar aquí.

–No es ninguna ofensa –dijo Leopoldo. Pareció quedarse pensativo durante un momento–. ¿Dónde está Teodoro?

Era una buena pregunta. Olivia no había visto a Teodoro en toda la mañana, y eso generalmente era una mala señal. La última vez que Teodoro desapareció durante dos días,